

AFECTIVIDAD, CONOCIMIENTO, ALMA HUMANA

Ciclo de Seminarios EIFI 2020

Segundo Seminario:
Afectividad y conocimiento. Aportes desde la tradición ignaciana.
Sábado, 3 de octubre del 2020

Resumen de las ponencias:

Ética y afectividad desde la perspectiva ignaciana

Ignacio Sepúlveda del Río

Contexto dese dónde reflexionamos es la búsqueda de una ética que tenga la capacidad, de una u otra manera, de escapar de la pura racionalidad y sea capaz de integrar los afectos. Es decir, tomando prestada un concepto de la filósofa española Adela Cortina, una ética cordial. Creemos que esta “ética cordial”, podría aprender mucho de la espiritualidad, específicamente la espiritualidad ignaciana.

La reflexión sobre ética y afectividad desde la perspectiva ignaciana parte desde dos preguntas fundamentales: ¿es posible formular una ética desde la perspectiva de la espiritualidad ignaciana? Y es esto es así; ¿cuál sería el rol que le cabría a la afectividad desde esta formulación ética? Pero antes de enfrentar ambas preguntas, se hace necesario responder a dos cuestiones anteriores: ¿qué entendemos por ética y espiritualidad?

¿Cómo podemos acercarnos a una primera comprensión de la ética y la espiritualidad? En un primer acercamiento, podemos definir la ética como un conocimiento que parte de la filosofía práctica y que nos ayuda a actuar con justicia dentro de la sociedad. La ética sería un conocimiento práctico razonable que nos ayuda a vivir en sociedad. Desde otras perspectivas complementarias, la ética se puede entender como un cierto *ethos* (Heidegger, Zubiri y Aranguren); entendiendo *ethos* estancia o morada del hombre. El *ethos* es un suelo firme desde donde vivimos. La espiritualidad, por su parte, es un elemento esencial del ser humano que indaga por el sentido de la vida y que le conecta con la trascendencia y con la realidad que le rodea. Una espiritualidad de la liberación, por su parte, se abre a la liberación de los oprimidos, los expoliados, despreciados y dominados.

Utilizando como clave hermenéutica y orientativa los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, específicamente en lo referente al *telos*, las dinámicas de dolor, mal e injusticia, libertad, transformación y esperanza, es posible construir un puente entre espiritualidad y ética que considere, como clave fundamental, los afectos del sujeto. Esta hermenéutica puede ayudar a discernir e historizar, teniendo en cuenta los afectos del sujeto, las elecciones éticas que se van tomando.

Afectividad-cuidado de la praxis-mundo histórico

Juan Antonio Senent de Frutos

Nuestro seminario nos invita a apostar por la “humanidad” del ser humano frente a su subsunción o anulación “pos-humanista”. Y apunta al “alma humana” como núcleo de la resistencia y reconstrucción contracultural de la humanidad desplazada y hostigada. Enfrentar este desafío exige, a mi juicio, recuperar la subjetividad e interioridad del ser humano como sujetos del hacer histórico. El contexto mayor de esa recuperación es el de un mundo histórico de un creciente dominio tecnificado y de reificación de los seres humanos y del mundo físico y de los otros seres, como nos recuerda el papa Francisco en la encíclica *Laudato si’*.

La línea de solución de este desafío antropológico, cosmológico e histórico, no pasa *sin más* por el cambio de las estructuras del mundo y por la reconfiguración objetiva de las posibilidades históricas que definen el campo de juego que rige el destino y el dar de sí de los seres humanos y de los seres vivos en el actual proceso civilizatorio planetario. Por tanto, la mediación clave nos es la política, el derecho, ni la economía, ni la ecología.

En línea con el saber de la tradición jesuita/ignaciana, la afectividad concreta sostiene y dinamiza la praxis humana, y esta configura para bien o para mal la marcha del mundo histórico. Hacernos cargo del proceso civilizatorio y alinearlos de un modo que posibilite la continuidad de lo humano implica hacernos cargo del tipo de subjetividad proyectada en este mundo. El cuidado del mundo, pasa por el cuidado de la humanidad, y el cuidado de lo humano pasa por el cuidado de la interioridad; y el cuidado de la interioridad pasa por “hacer-se sujeto”, un crecimiento en libertad y en responsabilidad, y por tanto en capacidad de reflexividad biográfica y social.

Hay una conexión estructural entre marcha de la historia y posibilidad de una vida humana plena, o simplemente de la posibilidad de una vida humana. Un mundo opresivo es un mundo que domina, cosifica y aliena las subjetividades humanas. Pero este mundo opresivo es objetivación de lo proyectado por subjetividades personales o sociales que buscan dominar las otras subjetividades o que de hecho configuran un mundo con malas posibilidades de humanización para los sujetos.

Por ello, no se trata sólo en el mejor de los casos de alcanzar modos de vida que sean universalizable material y ecológicamente, sino de que tras la realización pende un modo de *realizar-se*, y por tanto, esos modos han de alcanzar calidad humana en cuanto no dificulten o impidan hacer-se sujetos de su propia decurso biográfico y social a los sujetos que participan en el mismo, o son afectados por el respectivo modo de vida. Es decir, hay unos modelos humanos concretos configurados de un modo de u otro según los valores o afectos dominantes incorporados a las actividades sociales en cuyo carácter sistemático e interdependiente se expresa una concreta dinámica civilizatoria. Sobre los modelos de humanización es preciso un *discernimiento histórico*. Esto es, un entendimiento crítico de su dar de sí. Así, este dar de sí puede ser discernido en función de su sostenibilidad integralmente entendida, por tanto, en función de la contribución del modelo a la realización de un modo de ser humano que plenifique personalmente, posibilite socialmente la vida del pueblo sin promover o legitimar exclusiones, no impida la vida buena de los otros pueblos, y sea viable materialmente y respetuosa de la vida del conjunto de la naturaleza en donde los seres humanos se desarrollan material y espiritualmente.

Por ello, estas vías de humanización radicalmente consideradas constituyen un problema espiritual y político (no de meras creencias ideológicas o religiosas). Por ello entiendo que es el cuidado de la interioridad una condición socio-política imprescindible para configurar eficazmente las relaciones sociales, tanto a nivel interno como en sus

interacciones (locales, territoriales, estatales, regionales o globales) así como la responsabilidad humana en la transformación de las estructuras opresoras del mundo. Un abandono a-crítico de lo que se proyecta interiormente en la configuración de mundo es una vía adecuada para mantener la marcha histórica encaminándose hacia el fracaso colectivo. Es preciso una atención a las diversas “posiciones espirituales”, que no es una cuestión evanescente sino concreta y que se materializa y objetiva en las vidas posibilitadas o negadas. En este sentido, es crítico para un compromiso político-transformador un cuidado ético y espiritual de la interioridad de las subjetividades personales, colectivas, o público-políticas que en su modo de situarse y proyectarse en la producción de mundo histórico, esto es, en la generación y/o reproducción de estructuras sociales están determinando la apertura o el cierre de las posibilidades de vida humana y no humana en el conjunto de la sociedad global.

Es en sus interacciones ante las otras instancias reales, objetivables por los niveles de bien o mal común (de reproducibilidad de la vida compartible, o de cierre y agotamiento de la vida presente y futura) donde se verifican históricamente las diversas “posiciones espirituales”.

Pero es en el cuidado reflexivo y sapiencial de los procesos interiores de las diversas subjetividades apuntadas, donde se pueden liberar formas nuevas o recuperadas de mediaciones institucionales más humanizadoras que se muevan en el horizonte del bien común de la humanidad o de un mundo no desalmado, es decir, con alma y buen espíritu.

Mística y afectividad

María del Pilar Pena Búa

Nuestra reflexión sobre *mística y afectividad* se hace en un momento muy complejo que no podemos obviar; en el contexto actual, particularmente crítico, se dejan oír los ecos de Rahner o Malraux afirmando la posibilidad de un siglo XXI abierto al acontecimiento espiritual, orientado hacia lo místico y humano, como presupuestos irrenunciables para alcanzar un progreso acorde con la índole óptica-axiológica del ser humano, antídotos capaces de inmunizarnos contra el inminente peligro de deshumanización. El mar de fondo que nos arrastra y que genera un problema de *humanidad* es el desarrollo del conocimiento científico que, asentado en la razón abstracta y en su progresivo control, conduce el comportamiento de los hombres hacia la pérdida de sentido de la existencia, hacia la ausencia de un núcleo valorativo, objetivo, tanto para la vida como para la religión, el arte y la filosofía misma.

Por tanto, desde una perspectiva cristiana abierta a las *místicas paganas* nos ubicamos en la situación presente de crisis de lo humano, que se evidencia en la crisis del sujeto, de la sociedad y de la religión, pero, al mismo tiempo, situación que por su propia dificultad experimenta la urgencia de un avivamiento de lo místico-espiritual, poniendo el acento en el reconocimiento de la experiencia como su centro. Como afirmó Rahner: “el cristiano del futuro o será un místico, una persona que ha experimentado algo, o no será”. Partir de la experiencia, experimentar algo, esto es, permanecer anclados a lo concreto de la vida, equivale a dejarse guiar por la afectividad, es decir, por la capacidad de amar y también por nuestra forma de amar en cuanto hombres y mujeres, personas con emociones, sentimientos, pasiones, cuerpos... Unir mística y afectividad implica aunar interioridad e inmediatez; aquello que es *sabido* (el *dato religioso*), la experiencia de la presencia del Otro que invita a la unidad y a la comunión con Él, sólo puede ser vivido haciendo efectiva la afectividad mediante experiencias humanas y humanizadoras, porque son siempre experiencias de gracia.